

¡Y qué lejos de las ternuras de enamorado de sus poemas eróticos; qué lejos de la perfumada voluptuosidad de las *Odas breves* y de la prosa saltarina, mórbida, juguetona, de las *Crónicas de colores*, y de las suaves emociones de los *Cuentos frágiles!*

Fué en todo un artista supremo. No me es dado mostrar aquí la parte peculiar de su obra. De buen grado lo haría, seguro de agradar a ustedes y entretenerlos. *El Duque Job* es un hechicero en la prosa, más tal vez que en el verso. Pero es preciso concluir. De Manuel Gutiérrez Nájera queda mucho en la literatura americana actual. El difundió la tendencia modernizante. El inyectó sangre nueva al cuerpo anémico de nuestro españolismo poético. Sin haberse sentado nunca en el sillón del profesor, orientó a su generación y la enseñó a salir de la torre en que estaba prisionera, y preguntaba: Ana, hermana Ana, ¿qué ves? El es un maestro, no mexicano sólo, sino—me atreveré a afirmarlo—continental. Hizo, en definitiva, lo que alguna vez he dicho: eliminando muchas rancias fórmulas y también muchas intrusas e inadaptables modalidades, reconstruyó nuestro organismo verbal. Desde que tal hizo, la literatura mexicana entró, a bandera desplegada, en los reinos del Arte.

V

El estancamiento político y el desarrollo literario.—La Dictadura y el Arte.—Sociedades y Revistas.—La Novela.—El Teatro. Los grandes líricos.—Othón.—Díaz Mirón. Nervo.—González Martínez.—Icaza.—Los recién llegados.—Conclusión.

En los albores del siglo presente, la literatura mexicana había adquirido un desarrollo máximo; estaba en el apogeo de la fuerza y el brillo. En los centros poblados, en las regiones industriales y comerciales, entre las colonias extranjeras (que habían llegado a explotar las riquezas naturales del país, y que, por un mal criterio gubernativo, obtenían individualmente injustas ventajas para la adquisición de concesiones, exenciones y pre-

rrogativas, sobre los hijos del país, en quienes empezaba a despertar vigorosamente el espíritu de empresa); entre las clases burocráticas numerosas y apegadas, por inmemorial y pernicioso hábito, a los presupuestos fiscales; en las regiones medias y altas de la sociedad, la vida venía adquiriendo una complacencia tranquila que no era otra cosa que la manifestación de un bienestar económico, desaprovechado—por las ambiciones, arriba, y las adulaciones y los servilismos abajo—para mejorar, civil y moralmente, el estado general de un pueblo, que desde hacía siglos no lograba encontrar su equilibrio y cimentarlo sobre bases de justicia y de libertad.

El descontento palpitaba en las masas, y se sentía cómo iba creciendo, a manera de una pulsación cada vez más perceptible, y a medida que se prolongaba un régimen político que abandonaba en manos de un hombre anciano todos los poderes, todas las voluntades, todos los derechos, en una especie de morbosa pereza, de viciosa inactividad, de indiferencia malsana y egoísta.

Este largo período de marasmo espiritual, sintomático de las dictaduras que se prolongan, explica por sí mismo la conmoción revolucionaria de México. No era posible que nuestro organismo político y social se evadiese a la ley biológica de la renovación.

Eso lo presentían y lo temían muchos atentos observadores de la existencia nacional; pero un ambiente de impureza respirado a plenos pulmones durante años inacabables; el temor de deshacer una situación que se pensaba que podría modificarse por efecto de suaves evoluciones, y la enfermiza costumbre de no usar de nuestra energía en una verdadera—no en una fingida—lucha política, habían debilitado el carácter y nos daban un humillante y automático aspecto de comparsas de una aburridora comedia democrática.

Por fortuna, hombres no contaminados del daño, ánimos fuertes y ambiciones vigorosas, removieron el país, el cual despertó febril y dolorosamente, y readquirió su potencia de ser, de vivir y de mejorarse. Y rápida y ampliamente ha comenzado a lograr sus propósitos.

Pero los grupos literarios colocados en alturas sociales, desconectados de los bajos fondos, perfeccionaban día por día su producción y ensanchaban su cultura. Las clases medias, en particular, se refinaban en su gusto artístico, e iban entrando en posesión cada vez más segura del conocimiento de la belleza. Una paz mecánica permitía el desenvolvimiento cultural de los grupos privilegiados. Un ministro de Instrucción pública, el primero por tiempo y por mérito,

había dado principio a un programa educativo de excelentes resultados en la preparación del ambiente escolar para difundirlo con lentitud, pero a la vez con seguridad, hacia los abismos de un medroso y secular analfabetismo. —Este es nuestro magno problema en México; hacer entrar en la civilización, por especiales medios pedagógicos, a siete u ocho millones de semiadaptados y de retrasados que viven junto a nosotros en asombro perpetuo y agitándose obscuramente en una vasta niebla de ignorancia y de fanatismo—.

Mas como el arte ha tenido siempre, en nuestra edad moderna una función restringida, por lo que en mi país se refiere a las letras, durante la última dictadura, puede afirmarse, como acabo de decir, que se robustecieron y brillaron. Las sociedades literarias que en nuestra América española suelen prestar un concurso más decorativo que real, modificábanse de acuerdo con las nuevas idas.

La Academia Mexicana de la Lengua, correspondiente de la Española representaba una sana aunque estrecha tendencia conservadora, frente a otras que, como el «Liceo Altamirano» que era una transformación de otros libérrimos cenáculos de antaño (el «Liceo Hidalgo»; la «Academia de San Juan de Letrán») recogían con beneplá-

cito el rebelde antiacademismo, nunca tan grande como veinte años antes. De las escuelas universitarias se desprendió un poco más tarde, el núcleo literario para formar el «Ateneo de la Juventud» que es, según la usada muletilla: *el último barco*.

El periodismo de arte experimentaba transformaciones análogas: los viejos modelos de semanarios como *El Federalista* y *El Domingo* y después *La Juventud Literaria* (1), eclécticos, tolerantes, desiguales, que recibían lo bueno y lo malo, lo hermoso y lo feo, con una amabilidad de salón, fueron substituídos por las formas de capilla y escuela, las de examen intransigente, las representativas, en fin, de ideales determinados: como la *Revista Azul*, fundada por Gutiérrez Nájera y Carlos Díaz Dufío (escritor de primer orden este segundo) (2); como la *Revista Moderna*, órga-

(1) En *La Juventud Literaria*, que apareció, si no recuerdo mal en 1887, se dió a conocer un grupo de escritores, nuevos entonces, en el que descuellan; José Peón del Valle, poeta de inspiración byroniana, e Ignacio M. Luchachi, poeta colorista enamorado de la perfección de la forma.

(2) En *La Revista Azul*, que fué una eficaz propagadora de la literatura nacional, dábanse a la estampa, frecuentemente reproducidos, nombres y obras de poetas provin-

no del más alto grupo intelectual que ha producido México. La *Revista Moderna*, que fundó Jesús Valenzuela, un poeta manirroto de tres riquezas: la de su oro, la de su corazón y la de su ingenio, estaba dirigida por su fundador y por Amado Nervo. En ella alcanzaron su consagración definitiva, entre otros, José Juan Tablada, Balbino Dávalos, Rubén M. Campos, Ciro B. Ceballos, Bernardo Couto (un malogrado niño, una deliciosa flor que se marchitó antes de abrirse) y el dibujante Julio Ruelas cuya fantasía intencionada y honda, dejó en delicados diseños, potentes y geniales expresiones.

Y en este lugar me complazco en nombrar a Jesús Urueta, brillantísimo escritor de *La Revista Moderna* y el primer orador de su generación. Él y Francisco Bulnes (de la generación anterior), periodista incomparable, acróbata sorprendente del razonamiento, malabarista de la paradoja,

cianos: José I. Novelo, Delio Moreno, Cantón, de Mérida; Manuel Puga y Acal (quien por haber vivido varios años en Europa, volvió a México saturado de gusto francés, y que intentó, el primero, una crítica seria de los poetas en boga entonces—(1885-90)—Díaz Mirón; Juan de Dios Peza, Gutiérrez Nájera); Manuel M. González y Manuel Álvarez del Castillo, de Guadalajara, y otros muchos que escapan a mi recuerdo.

pensador muy original y fuerte domador de la palabra—son las dos figuras de mayor relieve de la elocuencia mexicana—.

El Teatro no ha tenido jamás en México la exaltación y la personalización que en la Argentina. Creo que es este país el único que puede presentar en la América latina, con envidiable orgullo, un arte dramático verdaderamente nacional, no regional tan sólo.

Yo he sentido muchas veces la satisfacción de decirlo así. Nuestro teatro—¡cosa rara!—sufrió una decadencia notable. A los esfuerzos que hasta 1880 se habían hecho para crear nuestro tipo de dramática, sucedían las cloróticas obrillas de *género chico*, que desvirtuaban, encanallándola, la nota popular. A los dramas caballerescos, lindamente versificados, de Peón y Contreras; a las resurrecciones en el tablado, ya precortesianas, ya psicológicas, de Chavero; al docentismo social intentado por Manuel Acuña, por Agustín Cuenca, por Juan A. Mateos, seguían petipiezas innobles, de mal copiadas figuras plebeyas, de germanía recogida en el arroyo y de acción incongruente y caótica. La zarzuelilla española, el paso populachero, la *revista* espectacular, de allende el Océano, saturándonos de chiste grosero, envenenaron nuestra incipiente dramaturgia, de entre la cual podría entresacarse, sin embargo, tal cual

pieza frágil, pero bien lograda. No obstante, algunos literatos que no abandonaron su aspiración de arte genuino y puro, presentaron en nuestros escenarios obras serias, nacionales y hermosas: Federico Gamboa, el primero de todos y a quien volveremos a citar con otro motivo; Antonio Médez Bolio, poeta de juvenil talento; José María Gamboa y Marcelino Dávalos, a quien corresponde el lugar postrero en tiempo, no en mérito quizás.

Mas lo que perdimos en el teatro, lo ganamos en el cuento y en la novela. Por la misma época en que escribía en la capital Angel del Campo encantadoras fábulas, deliciosas miniaturas y cuadros de género, en las provincias, Rafael Delgado, un magnífico hablista, en Orizaba; Cayetano Rodríguez Beltrán, en Tlacotalpam; José López Portillo, en Guadalajara, novelaban sus sendos terruños y reproducían, con mucho color y mucha gracia, la atmósfera que les rodeaba. A ellos tendrán que acudir en lo futuro quienes deseen conocer en determinado momento nuestra vida, nuestras costumbres, nuestras modalidades.

El más preciso en observarlas, el más artista en copiarlas, el más sincero en sentirlas y en vivirlas, es, a mi juicio, Federico Gamboa. Con un canon naturalista un tanto anticuado; con un estilo

algo tardo, aunque con frecuencia limpio y conmovedor; con un desarrollo de acción que, por prodigalidad detallista o manía episódica, no siempre muestra ligereza, Federico Gamboa logra, a pesar de todo, que la curiosidad se avive, que la atención se abstraiga, que se despierte la emoción, que se siga la lectura de una novela, como se sigue el curso de una existencia que nos interesa.

La narración adquiere una animación, una vivacidad positivas en nuestro mundo imaginativo. Pasan los seres, lloran, ríen, son venturosos o perversos; se suceden los acontecimientos con la fatalidad del destino; se ven las calles, los paisajes, las casas, y fascinados por aquel evocador, la vida ficticia, una vida netamente mexicana, se apodera de nuestro espíritu, y en seguida, desvanecido el hechizo, deja una indeleble huella en la memoria.

Ese triunfo de novelista lo alcanza de continuo Gamboa.

Un nuevo escritor, Carlos González Peña, ha ensayado, con mucho provecho, sus excelentes facultades de prosista fino y de atinado observador, en la novela nacional. Gamboa tiene ya obra considerable. González Peña, aún no; y es que el uno ha traspasado el límite de los cincuenta años y el otro no está muy lejos de los treinta. (¡Cuán

fugaces, oh póstumo, repetimos a cada rato los que peinamos canas...!)

En la anterior generación, don José T. Cuéllar, con el seudónimo de *Facundo*, había hecho, escasos de belleza, pero abundantes de verdad, risueños cuentecillos, en los que pintaba, con afán moralizador, el *plano de lo cursi*; era Cuéllar una persona inteligente, que salía de la clase que flagelaba en sus obras, y que, por lo tanto, enseñaba en su literatura los propios defectos, de los cuales, con tan suelta gracia, hacía la caricatura. Era un espontáneo narrador, más preocupado de la intención que del arte de sus fábulas.

El arte lo trajeron los posteriores, los que pertenecen a la zona ya impregnada de literatura francesa, desde Manuel Gutiérrez Nájera, que fué el que con mayor audacia destapó el pomo de exóticos perfumes, pasando por Micrós y Gamboa, que destilaron su gusto en alambiques de Daudet y de Zola, hasta los que ahora, como González Peña y Rubén M. Campos, y los cuentistas de esta generación, como Fabela, como Silva, como Castro, estudian el sencillo vigor de Maupassant y la simplicidad seductora, por perfecta y humana, de ese ironista escultural que inmortalizó su falso nombre: Anatole France.

En la novela pasamos por el realismo y el naturalismo de Francia, al tiempo en que los demás

pueblos sentían, como nosotros, el contagio. Pero es necesario decir que también el realismo español, que es de antiquísima cepa y que produjo ese espeso y reconfortante vino que se paladea en los dos Arciprestes, en *La Cèlestina* y en las Novelas picarescas, alimentaba, alimenta todavía, muchas de nuestras vernáculos narraciones. Rafael Delgado, por ejemplo, López Portillo y Rojas, Manuel Sánchez Mármol, Rodríguez Beltrán, a quienes acabo de citar, vienen del tronco hispánico, de Alarcón, de Valera, de Pereda, de Pérez Galdós, grandes representantes de un pasado floreciente de las letras ibéricas.

Pero todos los nuestros traen elementos propios de ambiente y de psicología, que ellos moldean y expresan, siguiendo cada cual sus inclinaciones, con procedimientos y formas imitadas de esta o aquella literatura.

Naturalismo y realismo impèran en la novela mexicana a principios del siglo. En la lírica, esta influencia de Francia—lo tengo que repetir—es más decisiva, más completa.

No es vanidad pueril—he dicho en alguna parte—sino verdad demostrable, que de aquí, de la lírica americana, han salido los moldes en que ahora vierte la poesía española su noble espíritu soñador. El tinte suave, los tonos velados, la sutileza y flexibilidad del léxico, el atrevimiento en

la resurrección de ciertos ritmos, la elegancia prosódica, la renovación—fundiremos todo eso en esta palabra—, la renovación fué nuestra y se realizó por efecto del contacto con los maestros franceses, a quienes estuvimos, llegado el instante preciso, más dispuestos a seguir que a los españoles, precisamente porque la juventud de nuestro espíritu no se resignó a encastillarse en arcaicas fórmulas, ni a rumiar paciente y orgullosamente laureles envejecidos. Nuestra inquietud era revolucionaria, y tras disparatados tanteos, encontró el modo de relabrar la copa que luego cedió al generoso vino de los lagares antiguos en señal de confraternidad artística.

La impresión que, por su forma y su alma, nos deja la lectura de un poema lírico americano, es inconfundible. Hay en esa poesía virginidad sentimental y novedad de expresión. Encierra el hechizo de no se qué emoción delicada y pura que se revela en un fino y exquisito modelado del lenguaje, que no poseyeron, por lo general, los poetas de España, enamorados hasta ayer de la resonancia y del énfasis. Mas para llegar a esa adquisición, a esa plástica personal, ¡qué gran río, qué río Amazonas de disparates, de absurdos, de locuras, de aberraciones, cruzó los campos literarios de nuestra América! El *modernismo* fué a manera de fiebre eruptiva que

hizo delirar a las musas en las cosas más extravagantes. En poco tiempo la enfermedad infantil pasó, no sin depurar y vigorizar la literatura. En México la tendencia a la exageración se reveló entonces en decadentismos y simbolismos, como dos siglos antes se había revelado en alambicamientos gongóricos.

En pie, resistiendo aquellas marejadas imitativas, firmes y sólidas, quedaban algunas figuras literarias, dos sobre todo, quizá por altas, mejor iluminadas por la inspiración. Eran dos poetas representativos, inolvidables; dos casos aislados de inmunidad: Manuel José Othón; Salvador Díaz Mirón.

Este período, que no ha concluido todavía, está tan cerca, tan al alcance de la mano, que yo no me considero capaz de verlo ni de juzgarlo como un crítico. No puedo, qué digo analizarlo, ni contemplarlo siquiera tranquilamente. No asistí a este movimiento como un espectador, sino que tomé parte mínima en él y no me es posible otra cosa que enfocar aquí y allá mis recuerdos, y con ellos, y con mis propias impresiones, hacer un relato de conjunto y trazar, a cuatro rasgos de pluma, un poco de lo que vi y de lo que sentí entre las gentes de mis tiempos.

Suplico a ustedes que me permitan descender de la montaña doctrinaria que tantos peligros

ofrece para hacer juicios de cosas presentes y vividas; pero les ruego asimismo, que no por eso, echen en saco roto mis palabras. Ellas, quizá, les proporcionen materiales para su criterio, ya que un testimonio personal, como el mío ahora, es acaso también una de esas críticas, que sin saberlo uno y sin quererlo, se elaboran secretamente en el cerebro, y son provechosas cabalmente por venir de una directa realidad. El gastado apotegma de que el *yo es odioso*, debe aplicarse a lo insincero. El *yo sincero* es, en ocasiones, interesante.

Desde este momento, cuanto diga está, mucho más que cuanto dije, sujeto a la revisión de la crítica futura. No es sino un documento de testigo; la impresión de un soldado que regresa de los campos de batalla después de haber entrado en la contienda.

Manuel Othón, que había seguido la carrera de abogado en San Luis Potosí, era juez de aldea, letrado lugareño. Distrayendo su juventud montaraz por bosques y rancherías, por valles y cumbres, llenó su espíritu de naturaleza. Supo verla, entenderla, traducirla, fraternizar con ella, amarla. Por largas temporadas prefería la amis-

tad del campo, de las llanuras arboladas o desiertas, al trato de los hombres. No era un misántropo, pero sí un solitario. Gustaba a menudo de pasarse horas enteras tumbado a la sombra de un ramaje y con los ojos fijos en el libro que sostenían las manos. Repartía su vida entre la contemplación del mundo exterior y el estudio de los clásicos latinos y españoles. En su soledad, en su reconcentramiento, esculpía paciente y sabiamente versos fuertes como las rocas que miraba, cristalinos como los ríos a cuya orilla descansaba, jugosos como las plantas que verdeaban a su alrededor, en la campiña. Aprisionar la naturaleza en un ritmo poderoso y vasto, ese era su anhelo. De cuando en cuando, inexperto, vibrante, como caído de las nubes, visitaba las ciudades. Después se volvía a su silencio y a su soledad.

Una o dos veces al año pasaba unos días con sus amigos de la Metrópoli. Era con ellos efusivamente ingenuo, como si toda la ternura acumulada en su aislamiento, se derramase de un golpe sobre nosotros. Alto, delgado, recio de carnes, flexible y brusco de movimientos, como acostumbrado a trepar montañas y a correr por las llanadas a semejanza de los pastores; cabeza pequeña, de pelo cortado al rape; cara de perfil numismático, de líneas precisas; ojos vivacísimos en perpetuo acecho, cual insaciados de contem-

plación; bigote ralo y corto que dejaba al descubierto unos labios de dibujo primoroso, infantilmente risueños, abiertos sobre los dientes de blancura luminosa. Cuanto había sido descuidado en el vestir durante sus horas campesinas, era provincianamente elegante en sus vacaciones urbanas. Llegaba locuaz, ávido de humanidad y deseo, exaltado de ensoñación, y con unos pliegos de versos nuevos en la maleta. Reía y charlaba entre nosotros, nos leía sus poemas, y luego regresaba a su Tebaida montañesa.

Regresaba, eso sí, cargado de libros, recién publicados, de ediciones nuevas, con preferencia españolas, y con mayor preferencia si éstas eran de gusto clásico y de autor académico. Porque este gran poeta bucólico de verdad, no marginal ni de gabinete; este soñador que se separaba de la naturaleza como un enamorado, prometiéndola volver pronto y cumpliendo con fidelidad la promesa, era también un adorador de la versificación de limpidez castellana, de la prosa nítida de los viejos escritores, especialmente de los del siglo XVI; de las odas del uncioso fray Luis, de la Guía de Pecadores del elocuente Granada. Académico, arcaizante, católico, apegado a las reglas y al dogma, se diría que su alma se anquilosaba y que su arte adquiría rigidez forzada dentro de la severidad de los preceptos. Y no

sucedía así. Fáciles y puras fueron su devoción religiosa y su devoción artística y por eso se amoldaba con docilidad a las exigencias de la disciplina. Su ideal de artista y de creyente era rectilíneo. Meses antes de morir lo afirmaba en una elegía.

De mis obscuras soledades vengo
y tornaré a mis tristes soledades
a brega altiva tras camino luengo;

que me allego tan sólo a las ciudades
con vacilante planta y errabunda,
del tiempo antiguo a refrescar saudades

yo soy la voz que canta en la profunda
soledad de los montes ignorada,
que el sol calcina y el turbión inunda.

Ignoro de mi rústica morada
qué tiene, que viniendo de mi mismo,
vengo de la región más apartada;

y endulzo el amargor de mi ostracismo
en miel de los helénicos panales
y en la sangrienta flor del cristianismo.

Estas pocas líneas son una revelación. Nos presentan al poeta en sus inclinaciones, nos dan idea de sus lecturas, y nos dejan percibir un doloso pero sereno estado de conciencia. Mas el poeta no está allí en plenitud. Está en las descripciones magníficas de los panoramas rústicos, en la visión del bosque, de la montaña y del desierto; está en la reproducción de la naturaleza. Porque al reproducirla, pone su alma en ella, un alma de niño atormentado y creyente, una alma pávida y contemplativa a la vez, soñadora y escudriñadora de la belleza, alucinada del milagro, extática del misterio, poseída de la fascinación de lo divino.

Transparente y pulida es la forma de la poesía, y por ella cruzan el pensamiento y el sentimiento como por un prisma de cristal pasa la luz del sol. Mas la seducción, con ser tan grande, no está en la forma, sino en el espíritu platónico, sutil, que siente la vida y la interpreta en constante exaltación. Alientos virgilianos hay en esos poemas; pero por todas partes se siente que un soplo dantesco, que una expresión trágica anima, a relámpagos, la placidez de la naturaleza. Y he aquí cómo este poeta, obligado por un maravilloso temperamento de visionario, da una original, una extraña y nueva expresión, que está muy lejos de la fría y marmórea de los idilios

clásicos. *El himno de los bosques, Pastoral, Poema de vida, Las montañas épicas*, son cuadros diseñados con exactitud enérgica. *La noche rústica de Walpurgis* está llena de drama sombrío, en el cual, estrellas, selvas, abismos, cimas, tienen una personificación y una voz. Mas yo he querido presentar a ustedes, no la más hermosa concepción del poeta, sino la más doliente confesión del hombre. Es su último poema. Es la confidencia del último amor y del último desencanto de su corazón de solitario, herido de pronto por una tardía y violenta pasión, en cuya impureza brilla un resplandor de bondad, como, en la noche, la luz de un lucero sobre agua fangosa.

EN EL DESIERTO

IDILIO SALVAJE

I

¿Por qué a mi helada soledad viniste
cubierta con el último celaje
de un crepúsculo gris...? Mira el paisaje
árido y triste, inmensamente triste.

Si vienes del dolor y en él nutriste
tu corazón, bien vengas al salvaje
desierto, donde apenas un miraje
de lo que fué mi juventud existe.

Mas si acaso no vienes de tan lejos
y en tu alma aún del placer quedan los dejos,
puedes tornar a tu revuelto mundo.

Si no, ven a lavar tu cyprio manto
en el mar amarguísimo y profundo
de un triste amor, o de un inmenso llanto.

II

Mira el paisaje: inmensidad abajo,
inmensidad, inmensidad arriba;
en el hondo perfil, la sierra altiva
al pie minada por horrendo tajo.

Bloques gigantes que arrancó de cuajo
el terremoto, de la roca viva;
y en aquella sabana pensativa
y adusta, ni una senda, ni un atajo.

Asoladora atmósfera candente,
do se incrustan las águilas serenas
como clavos que se hunden lentamente.

Silencio, lobreguez, pavor tremendos
que viene sólo a interrumpir apenas
el galope triunfal de los berrendos.

III

En la estepa maldita, bajo el peso
de sibilante grisa que asesina,
yergues tu talla escultural y fina,
como un relieve en el confin impreso.

El viento, entre los médanos opreso,
canta cual una música divina,
y finge, bajo la húmeda neblina,
un infinito y solitario beso.

Vibran en el crepúsculo tus ojos,
un dardo negro de pasión y enojos
que en mi carne y mi espíritu se clava;

y, destacada contra el sol muriente,
como un airón, flotando inmensamente,
tu bruna cabellera de india brava.

IV

La llanada amarguísima y salobre,
enjuta cuenca de oceano muerto,

y en la gris lontananza, como puerto,
el peñascal, desamparado y pobre.

Unta la tarde en mi semblante yerto
aterradora lobreguez, y sobre
tu piel, tostada por el sol, el cobre
y el sepia de las rocas del desierto.

Y en el regazo donde sombra eterna,
del peñascal bajo la enorme arruga,
es para nuestro amor nido y caverna,

las lianas de tu cuerpo retorcidas
en el torso viril que te subyuga,
con una gran palpitación de vidas.

V

¡Qué enferma y dolorida lontananza!
¡Qué inexorable y hosca la llanura!
Flota en todo el paisaje tal pavura,
como si fuera un campo de matanza.

Y la sombra que avanza... avanza, avanza,
parece, con su trágica envoltura,
el alma ingente, plena de amargura,
de los que han de morir sin esperanza.

Y allí estamos nosotros, oprimidos
por la angustia de todas las pasiones,
bajo el peso de todos los olvidos.

En un cielo de plomo, el sol ya muerto;
y en nuestros desgarrados corazones,
el desierto, el desierto... y el desierto.

VI

¡Es mi adiós!... Allá vas, bruna y austera,
por las planicies que el bochorno escalda,
al verberar tu ardiente cabellera,
como una maldición, sobre tu espalda.

En mis desolaciones, ¿qué me espera?...
(ya apenas veo tu arrastrante falda)
una deshojazón de primavera
y una eterna nostalgia de esmeralda.

El terremoto humano ha destruído
mi corazón, y todo en él expira.
¡Mal hayan el recuerdo y el olvido!

Aún te columbro, y ya olvidé tu frente;
sólo ¡ay! tu espalda miro, cual se mira
lo que huye y se aleja eternamente.

ENVÍO

En tus aras quemé mi último incienso
y deshojé mis postrimeras rosas.
Do se alzaban los templos de mis diosas,
ya sólo queda el arenal inmenso.

Quise entrar en tu alma, y ¡qué descenso,
qué andar por entre ruinas y entre fosas!
¡A fuerza de pensar en tales cosas
me duele el pensamiento cuando pienso!

¡Pasó!... ¿Qué resta ya de tanto y tanto
deliquio? En ti ni la moral dolencia,
ni el dejo impuro, ni el sabor del llanto.

Y en mí, ¡qué hondo y tremendo cataclismo!
¡Qué sombra y qué pavor en la conciencia,
y qué horrible disgusto de mí mismo!

En este género bucólico, del cual es el más genial representante Manuel José Othón, se han distinguido mucho dos obispos mexicanos y académicos correspondientes de la Española: el señor don Ignacio Montes de Oca y el señor don

Joaquín Arcadio Pagaza. Un joven poeta ha seguido también, con éxito notable, las huellas de Othón: don Juan B. Delgado.

A este grupo de cultivadores del clasicismo pertenece el poeta don Joaquín D. Casasús, traductor magno de *Horacio* y de *Catulo*.

• • •

Mientras Othón, en los campos del norte de la República, dejaba vagar su inspiración como una aldeana libre, otro poeta, en la orilla del mar de Veracruz o un poco más adentro, en los apretados jardines de Jalapa, cincelaba, con asombrosa paciencia, las estrofas más perfectas que puede presentar hasta hoy la poesía mexicana. El nombre ha recorrido todo el continente. Ha sonado en España, y alguna ocasión lo han recogido con beneplácito idiomas extranjeros; seguro estoy de que al decirlo aquí tendrá un eco en la memoria de los que me escuchan: Salvador Díaz Mirón.

Vive aún, expatriado, enfermo, triste, este hombre cuya juventud arrogante tiene parecido y afinidad con la de los héroes antiguos, en el vuelo del ímpetu tanto como en la nobleza de la actitud. Un sér excepcional, de leyenda caballeresca, dotado de un temperamento ágil siempre para la acción, como su inteligencia para la per-